

## La santidad de Dios considerada como propiedad de su voluntad

1. Las propiedades morales de la voluntad divina descritas hasta ahora se pueden resumir sintéticamente en la siguiente constatación: *Dios obra con santidad infinita, afirmando su esencia santa véase § 76), con amor incondicional y de igual categoría y negando al mismo tiempo con fuerza infinita todo lo que la contradice.* La santidad tal que, como la entendemos aquí, es un comportamiento moral (véase el § 76).

La santidad de Dios no es una santidad adquirida o afirmada en lucha continua. La santidad divina es una santidad subsistente, subsiste de modo eternamente inmutable y es al mismo tiempo acción absoluta. Va marcada por el signo de la absoluta necesidad e indiscutible evidencia. No es necesaria en el sentido de una obligación natural ineludible, sino porque la voluntad de Dios se identifica con la esencia santa divina claramente percibida y afirmada. La santidad de Dios no es una mera propiedad divina; es Dios mismo en tanto que Él afirma su esencia santa con fuerza incondicional.

En Dios está el fundamento de la santidad y la fuente de toda santidad creada, siendo por eso santidad original. La santidad de Dios no se realiza mediante el cumplimiento de una ley que estu-

viere por encima de ella, ni obedeciendo a las imposiciones de un deber externo. Dios es su propia norma y deber, Dios es su propia conciencia y ley. Voluntad y conciencia, actividad y volición no se hallan las unas frente a las otras. La actividad y el deber, la ley y el cumplimiento del deber son una sola e idéntica realidad; es decir, son Dios mismo. Dios manifiesta su propia esencia santa en la actividad, en el amor, en la justicia, en la fidelidad, en la misericordia. Más aún, la esencia divina no es distinta de la actividad divina. Su esencia es pura actividad, y la actividad es ser operante (véase § 63). La actividad santa de Dios es su propia esencia, en tanto que es actividad venerable y adorable y en tanto que es su propia realización personal superior a todo lo creado.

En Dios son idénticas la santidad ontológica y la moral; la santidad ontológica se identifica con la actividad y se manifiesta en ella. Más aún, en la actividad divina la santidad moral es expresión del ser santo de Dios; más aún, es el ser divino mismo.

Estaría en contradicción con la santidad moral de Dios el que la santidad ontológica no se manifestase en la actividad, ya sea que Dios no operase, ya sea que su actividad no correspondiese a su esencia santa. Ambas cosas son imposibles, ya que Dios es su obrar. Dios no sería Dios si no obrase, o si no obrase en consonancia con su esencia santa. Dios es, pues, santo por obrar en conformidad con su esencia santa, es decir, divina. La actividad de Dios es santa por ser actividad divina. Dios es su propia acción. La actividad de Dios es, por consiguiente, personal. La santidad de Dios es personal. Es actividad absolutamente personal.

Recordemos una vez más que Dios existe bajo la forma de Trinidad personal. La acción que es Dios existe bajo la forma de Padre, Hijo y Espíritu Santo. Esta actividad personal se vuelve hacia sí misma en tanto que es realidad santa y se afirma a sí misma en la autorrealización existencial. Esta autoafirmación, este colocarse frente a sí mismo es la santidad moral de Dios. Esta se realiza de tal modo que cada una de las Personas divinas se afirma a sí misma y a las otras dos, según el orden de los orígenes intradivinos.

Dios es origen de la santidad extradivina en triple sentido: por haber dotado de conciencia a la criatura racional, por haber creado la ley, que es norma externa y directiva y dirección del deber interno, y por operar la santidad de las criaturas. La ley que Dios da a los hombres no es una imposición arbitraria, sino la manifestación de su esencia santa, es decir, la manifestación de

su divinidad, la revelación de su gloria. En último resultado, la moralidad humana no es más que la adecuación de la criatura con la esencia santa de Dios, adecuación que se obtiene mediante el reconocimiento obediente de la voluntad divina. Cristo es el ideal de la santidad humana en tanto que Dios ha aparecido mediante Él en la Historia.

2. Según la Escritura, Dios es santo por ser Dios.

a) En otro lugar (§ 76) transcribimos ya el testimonio de la Escritura en pro de la santidad ontológica de Dios. Allí se hace también referencia a la santidad moral de Dios. La santidad ontológica implica en sí la perfección moral en tanto que Dios se halla en oposición general no sólo con lo creado, sino también en oposición especial con el pecado. En la Revelación Dios se manifiesta como el summum de lo que consideramos como perfección moral y como negación de todo lo que consideramos como pecado. Dios no es como el hombre, el cual se deja llevar de la ira. Dios es independiente y libre, Señor de sus decisiones y sentimientos. Ante la majestad santa de Dios el pecador reconoce que su pecado es fuego devorador. En la visión del profeta Isaías, Dios se manifiesta tanto como santidad ontológica igual que como perfección moral. Isaías se siente anonadado ante Él. En la luz de Dios el profeta reconoce que es un hombre de labios impuros. Que se trata de una impureza moral se deduce del hecho de que la culpa queda anulada en el momento en que los labios entran en contacto con un carbón incandescente (6, 1-7). Dios es santo como vengador del pecado y como redentor de la culpa (*Is.* 1, 4; 5, 19-24; 10, 16-20; 12, 6; 17, 7; 29, 19; 31, 11 y sigs.; 40, 25; 41, 1; 43, 3-14; 45, 15-18 y sigs.; 47, 4; 49, 7; 51, 5; 54, 5; *Ez.* 36, 39). La santidad de Dios exige que el hombre sea santo; exige no sólo la santidad de las obras, sino también la entrega del corazón, la pureza de las intenciones (por ejemplo, *Is.* 1, 10-24; *Am.* 5, 21 y sigs.; *Ps.* 15). Los hombres han de ser santos del mismo modo que Dios es santo (*Lc.* 11, 14; 19, 2; 20, 26). Dios mismo es la ley de la actividad moral. Para ser santo el hombre tiene que realizar en sí mismo la santidad de Dios, dejándose compenetrar por Éste.

b) El Nuevo Testamento consuma la revelación de la santidad de Dios. En todos los pasajes donde se habla de la santidad ontológica se testifica la existencia de la perfección moral de Dios.

Aun en los textos en que se acentúa la primera, se hace también referencia a la segunda. Se pide al Padre Santo que libre a los discípulos del mal, o se le alaba a causa de los juicios justos con que condena la maldad, o se exhorta de los fieles que sean santos como Dios es santo, esforzándose por vivir de un modo digno del Dios santo (*Io.* 17, 11-19; *Lc.* 1, 49; *Mt.* 5, 48; *I Pet.* 1, 15; 3, 13; 4, 6; *Io.* 10, 36; *Rom.* 7, 1 y sigs.; 9, 14, etc.).

Todo el Nuevo Testamento está empapado en las luchas con que Dios combate mediante Cristo la maldad. Cristo mismo es la aparición visible de la santidad de Dios. Él es la negación encarnada del pecado, de la injusticia, del egoísmo, de la mentira e hipocresía, y es también la encarnación del amor y de la veracidad. Su obra es una lucha destinada a destruir la maldad y a erigir el reinado del amor.

La santidad de los cristianos es una participación en la santidad de Dios, verificándose mediante Cristo en el Espíritu Santo (*Hebr.* 12, 10). Están llenos del Espíritu Santo, que opera en ellos. El Espíritu Santo los une de la manera más íntima con Cristo y crea en ellos la imagen de Cristo. Cristo mismo opera en ellos (*Gal.* 2, 19; *Eph.* 2, 10). Obra con el que está unido en Él mediante el Espíritu Santo. La misión del cristiano consiste en recibir este operar de Cristo en el Espíritu Santo, realizándolo en su actividad. Toda la moralidad cristiana es, pues, obediencia a Cristo y al Espíritu Santo. En todas las cartas San Pablo invita a sus lectores vivan según el Espíritu, no según la carne. No pide con ello que descuiden los deberes de la esfera corporal, sino que el Espíritu Santo y la santidad de Dios sean las fuerzas que den forma y figura a la vida psíquico-corporal. De este modo la vida del cristiano queda convertida en una manifestación de la santidad de Dios, contribuyendo a glorificarle. Los preceptos son instrucciones que nos enseñan a realizar en la vida humana la santidad de Dios (véase el tratado sobre la Gracia). Es pecaminosa toda forma de comportamiento en la cual no se manifiesta la unión con Cristo.

3. En la época de los Santos Padres se afirma, contra los mitos de los gnósticos y maniqueos, que en la esfera de lo divino no hay fondo alguno oscuro y malo. Teniendo en cuenta que es el Espíritu Santo el que nos santifica, los Santos Padres demuestran su santidad esencial. El mal se deriva de la actitud autocrática de la voluntad creada y libre. (Véase *Wörterbuch zum Neue Testament* (Kittel), I, 87 y sigs.)

4. Ninguna otra propiedad divina resplandece con tanto poderío y claridad en el semblante de la creación espiritual como la santidad de Dios. El dictado de la conciencia es su reflejo. Aven-taja incluso al mal y hasta en la conciencia mala pone de mani-fiesto su poderío mediante el propio dictado de esa conciencia, excluyendo al mal de la comunidad humana, bajo la forma de infierno. Este es el eterno testimonio que da el mal de la santidad de Dios, lo mismo que el cielo es el resplandor de esa santidad en los hombres santificados. Weiger (en *Mutter des neuen und ewigen Bundes*, 1936, 53) escribe lo siguiente: «Cuanto más nos acercamos a Dios, con tanta mayor claridad percibimos su santi-dad. La santidad de Dios es una realidad cuya presencia obliga-toria y redentora no puede ser anulada ni siquiera por la intensidad infernal del pecado. Cada uno de los rayos solares que dan en una pared que lo refleja, anuncian la presencia del sol, aun cuan-do su dominio no dure más que un fugaz momento. Eso es lo que siempre ha sucedido en el orden moral de las cosas. No ha habido tiempo alguno en que la santidad de Dios no haya brillado en el interior de la conciencia humana.»